

ÁLVARO SALVADOR
ANTOLOGÍA POÉTICA PERSONAL

Canción del reincidente (De *La mala Crianza*, 1974)

uno
no se quita de amar
ni de fumar
uno descansa

son
como treguas que
uno mismo inicia
y donde uno
firma la paz
o acusa la derrota

y mira uno
salir a caminar
sin el cigarro
decir que no
que ahora va de veras

uno que quiere descansar
y uno se sienta
en ese mismo tranco
de una calle
cualquiera
y uno piensa

lo toma uno en serio
casi siempre
uno espera vencerse
y derrotarse
porque uno es capaz
el primer día

uno después
camina sin cigarro
y sin recuerdo uno
se recrea
y se hace fuerte uno
y se autoengaña

uno
marcha y trabaja
sin cigarro
y sin fijarse apenas
en lo otro
uno olvida que aquello
es una tregua

uno
de pronto se tropieza
y uno empieza
y si hace falta reza
y baja la cabeza
y la pereza
y es que ama uno
otra vez
agarra la colilla
y recomienza.

La Gaya Ciencia (De *Las Cortezas del Fruto*, 1980)

Si de las olas tenues que alejaron tu nido
cortaras un ramal, un ala líquida, sobrante,
y embrujado en palabras abarcaras
la cerrazón del día,
recuerda tu soledad, tu personal prisión, tu miedo,
y mira
con qué suerte de inútiles y mágicas palabras,
supuestamente mágicas, en realidad trucadas,
confías en levantar una belleza,
una falsa belleza que a nada te conduce
a nada de lo que amas y, en realidad, te importa,
con qué torpe mentira: premeditado engaño
has llegado hasta aquí
construyendo un poema.

Ponte Vecchio (*De Tristia*, 1982)

Bajo los pies...
el agua,
la corriente que lenta se desliza y suave
nos abraza y nos ama.
Y desde atrás...
el aire
que como fiel amante limpia de cal el cielo,
la silueta crispada del orfebre,
el eterno homenaje que a Benvenuto hicieron los dioses y
la historia.

Indiferente miras los adornos,
la mercancía que dora el sol
y arranca
los velos del amor y la ilusión del tiempo,
del recuerdo.

Con indolencia pisas las baldosas
y a los labios acercas la ceniza
de la alucinación, la dulce brasa
que en tus manos ha puesto el joven camarada.
Y de repente sientes
que otra nueva belleza invade tu pupila
a la par que su música seductora te acoge
en la inquietante bruma de la felicidad.
¿Te llamas?
-Beatrice- dicen, desde el amor.
No huyas.

Cuando traspira el aire (De *La condición del personaje*, 1992)

Quiero escribir un poema
que viva como un cuerpo,
como un cuerpo tendido al sol
como tu cuerpo
 desnudo
tendido en el calor
 de un mediodía.

Quiero decir
cómo traspira ese poema,
cómo ofrece su piel a las caricias
de la vida que pasa lentamente
montada en una estela de reactor.
Quiero indicar que late,
que palpita,
que tiene un corazón embovedado,
resbaladizo y blando como gato
pero fuerte también; en ocasiones
suele cambiar incluso de postura.
Lo que quiero aclarar
es que el poema
llega a sufrir calor, sudar,
sentir la piel quemada,
desperezarse al rato y dar la vuelta
con la indolencia de la satisfacción.
Ese poema, a veces,
se incorpora,
rojos sus miembros, llenos,
castigados
por la mano del dios que lo acaricia,
alza su rostro, exhibe
la poderosa y tierna geografía.
Y, a veces, el poema
da sus labios
donde la sed se advierte
como un río,
abre los ojos llenos de campanas

y se marcha hacia el borde de la arena
y penetra en el agua
y se refresca.

Quiero vivir un cuerpo
que sea como un poema,
como un poema escrito al sol
como tu poema
 desnudo
tendido en el calor
 de un mediodía.

Quiero decir...

Siesta (De *La condición del personaje*, 1992)

Si escribo estas palabras temo dar una imagen
de escritor que conoce su oficio y sus recursos,
temo no dar la talla, carnal, enamorada,
de un hombre que ha pisado el umbral de sus sueños.

Si digo que mis sueños, durante tantos años,
repitieron el sueño de tu cuerpo desnudo,
la estación de tu abrazo, el reguero de fresas
que dejas en mis días, festivos desde ti,
unidos desde ti a la fantasía
de una dulce verbena interminable,
puede que mis palabras, palabras de poeta que maneja sus armas,
sean sólo el simulacro
de una emoción, de la pasión que da el conocimiento
cuando rozamos la punta de los sueños.

Si digo que tu rostro, sonriente y mojado,
me guiña contra el cielo de cada escaparate,
el único sonido tu voz que me enajena
más acá de la vida, dentro ya de mis sueños;
si digo que no tengo otro olfato que el tuyo,
que puedo, como en sueños, reconocer mi aliento
cuando no estás conmigo, cuando no puedo olerte
el vino derramado por tu espalda y mi pecho;
si digo que te quiero como a nadie he querido
en este mundo torpe, lleno de medias tintas,
temo dar una imagen de escritor recurrente,
temo no dar la talla del hombre que quisiera
explicar cómo, a veces, los sueños toman cuerpo,
nos citan una noche, nos besan, nos desnudan,
nos dejan en las sábanas una flor de alegría.

Callejón de la Isla (De *Ahora, todavía*, 2001)

*...oscuro nido
que suavizó la noche de dulzura de plata.
(Rubén Darío)*

Vuelves
cuando la media noche puso ya cerco a tus ventanas
con un muro de sombra y media luna.

Logras
romper las líneas enemigas por sorpresa
y asentar tus reales en un círculo de luces indirectas.

Vienes
de comprobar, una vez más, que el mundo es triste
y la gente infeliz y rencorosa.

Abajo, en la escalera,
ni siquiera una carta te hace sentir calor
con el misterio, la dulce expectativa
de unos sellos alegres y lejanos,
de una letra apacible e imprecisa.

Hace frío,
huele la habitación a tabaco e insomnio,
a desorden de invierno,
a cubil de animal
que rastrea su olor y lame sus heridas.

Vuelves
cuando la media noche puso ya cerco a tus ventanas
con un muro de sombra y media luna.

Logras
cerrar los párpados cansados, y en silencio
asentar tus reales en un círculo de objetos indefensos.

Piensas
en ese mundo triste, en la gente infeliz,
en la clase de vida que tú mismo elegiste
sólo por alcanzar el umbral de algún sueño.

Y muy de madrugada
en tu ventana brilla solitaria
una luz encendida.

El padre (De *Ahora, todavía*, 2001)

Él tendría por entonces mi misma edad de ahora
y recuerdo su mano apretando la mía
al cruzar, los domingos, la calle hasta la iglesia.
Después, mi mano olía durante varias horas
a jabón de lavanda y rubio americano.

Solíamos deambular las mañanas soleadas
por céntricos jardines o estrechas callejuelas
y él parecía no tener un rumbo prefijado,
desconocer adrede el destino final de aquellos pasos
que me brindaba a mí, su hijo más pequeño,
con la alegría sin norte de un muchacho.

Al final, el camino siempre nos conducía
a un gran café del centro, hermoso y concurrido.
Y allí me transformaba, feliz explorador de un territorio íntimo,
en héroe sideral o enmascarado rey de los pigmeos
mientras él repasaba lentamente el periódico
o hablaba apasionado con algunos amigos
de temas misteriosos que yo nunca acababa de entrever
más allá de sus risas
y la expresión profundamente viva de unos rostros
tiernos y cariñosos al dirigirse a mí.

Más tarde, al retirarnos,
siempre con la sorpresa de un truco inesperado
aparecía en su mano un crujiente paquete
lleno de dulces frescos para tomar en casa.

Otras veces, recuerdo, en tardes de verano
solíamos caminar a la luz del crepúsculo
y su mirada de hombre, madura, ensombrecida
por unos pensamientos que yo no comprendía
pero que adivinaba próximos,
ceranos a una suerte de tristeza muy honda,
me acercaba a mí mismo
a la intuición de una edad mayor,
poderosa y extraña como sus palabras.

Se marchó una mañana dorada de Diciembre
-como aquellas mañanas azules de mi infancia-
hace ya veinte años.

Y, sin embargo, aún en los días más serenos
puedo escuchar su voz con un escalofrío,
oír como resuena, amable, enronquecida,
en mi propia garganta.

A veces veo sus ojos
en mis ojos sin brillo.
Y la mano de mi hijo,
anidada en mi mano,
me hace sentir de nuevo
el amor de su mano.

El dios de los peces (De *La canción del outsider*, 2009)

Si existe algún dios,
si hubo alguna vez un dios en tu corazón,
el dios que ahora te acoge y te consuela,
habrá de ser el dios de los pantanos,
el dios de los peces.

Te recuerdo estos días junto a la orilla
con el pañuelo al cuello y las gafas oscuras,
fijas en mí, pendientes de la caña
que quiero sostener con mis dos manos.

-¡Lanza el sedal con fuerza! ¡Lánzalo!
Lánzalo como si en ese esfuerzo
apostaras tu vida.

Y la apostábamos. Entonces
yo era casi un niño y tú
un hombre fuerte,
un hermano fuerte y poderoso
que intentaba enseñarme a pescar,
a robar tesoros en las profundidades del lago:
tesoros como animales perlados,
inquietantes y elásticos, imposibles
rayos de luz.

Aprender a pescar era tan grave
como saber vivir. Y yo intuía
en tu entusiasmo esa enseñanza:
el rito de iniciación que nos brindaban
las mañanas de domingo en el pantano.

Me recuerdo, yo mismo,
con saquito de lana y con pañuelo al cuello,
la cabeza muy alta, sosteniendo el sedal,
y un modo de mirar al horizonte
que fingía ser maduro.

Hermano
si existe algún dios,
si hubo alguna vez un dios en tu corazón,
el dios que ahora te acoge y te consuela,

habrá de ser el dios de los pantanos,
el dios de tus pantanos y mis peces.

Nocturno de Nueva Inglaterra (De *La canción del outsider*, 2009)

*Toda una historia, un alma se te muestran
Ahí, y las piensas hermosas,
Hechas de recatada confianza en lo sabido,
De respeto sin miedo en lo ignorado,
Viendo tratar así los pobre muertos
que recuerdo impotente son tan sólo*
(Luis Cernuda)

Oigo el rumor del viento restregarse
contra los abedules y los arces,
en esta noche oscura, desolada,
noche de insomnio lejos de mi tierra.

Ha nevado de nuevo y habrá nieve
mañana. Siempre hay nieve dormida
sobre otra nieve muerta en primavera,
en esta primavera de otro mundo.

El viento arrastra ruidos del pasado,
melancólicas voces que no atiende
como ayer atendí. Me inunda en cambio
un dulce olor a rama de canela
y a madera de arce perfumada.

Bajo los álamos que escoltan mi ventana
hay nieve, sí, pero también memoria,
memoria que es desvelo de los vivos:
el cementerio extiende sus leyendas
desde mi casa hasta la barranquera.

Mañana, cuando la noche ya no esté,
no sea la noche oscura ni temida,
ascenderé la cuesta del silencio
entre las tumbas frías y serenas.

Inmóviles, debajo de la nieve,
más allá de las noches y los días,
las tumbas nos señalan lo que somos
el futuro de nuestra condición.

Esta noche, el viento cerca inquieto

mi ventana, mi insomnio, mi esperanza,
como lobo estepario de un destino
que me aguarda en el bosque más profundo.

Pero yo no le temo. Nada puede
temer quien nada tiene, quien nada
espera tener, apenas tiempo:
calor en los inviernos impacientes,
en los cortos veranos, sólo sombra.

Y la digna memoria
que esta noche presiento
bajo nieve dormida,
sobre otra nieve eterna.

La espalda de Manhattan (De *Fumando con mis muertos*, 2016)

¿Quién ha visto alguna vez la espalda de Manhattan?

¿Quién la ha visto?

La espalda de Manhattan crece desde New Jersey
por largas avenidas hacia ninguna parte.

Las largas avenidas en las que los hispanos
exorcizan la pena del destierro

en raras ceremonias frente a estatuas sin rostro.

¿Quién ha visto la espalda de Manhattan
desde Jersey City hasta Washington Bridge?

¿Quién pasea por los muelles de Hoboken
como un descubridor, como un artista,
como el último traficante de amor o de venenos?

La espalda de Manhattan crece desde Passaic
hasta Bayonne. Los rascacielos miran de reojo
mientras los ferrys traen o quizá lleven
de una orilla a la otra su carga humanitaria.

¿Quién ha visto en la noche la espalda de Manhattan?

¿Los cocuyos ardiendo en su alargada espalda?

El rostro de los mártires domina desde el cerro.

Los hispanos le rezan y miran siempre al norte.

La espalda de Manhattan se abre ante nosotros.

Ved como los vapores navegan por mis versos.

Ocho de Marzo (De *Fumando con mis muertos*, 2016)

Hace ahora la edad de una muchacha
que murió mi madre,
una muchacha adolescente, una muchacha rubia
como la nostalgia.

Hace una edad casi infantil,
una edad púber;
sin embargo, yo no soy ya como ese niño
que buscaba a su madre por entre las rocas.

Mi madre y yo nunca nos encontramos,
nunca nos pronunciamos palabras de amor,
nunca, hasta ahora, nos echamos de menos
como el agua y la tierra,
pero yo aún recuerdo a ese niño
que buscaba a su madre por entre las rocas,
y hace la edad de una muchacha,
una muchacha rubia, una muchacha adolescente,
una muchacha que nunca tuve,
que no nació de mi amor
y sin embargo hace ahora la edad
que se murió mi madre
y ella nunca existió.

EL FRACASO DE DORIAN GRAY

Me sorprende un último retrato
tuyo, en la solapa de tu libro
último, un rictus sospechoso,
una mirada como de desis-
peración, aparece, como los
ojos tristes de un triste reptil.
La musca de la Joca que ayer
enamoraba, sólo destila
hoy amargura, el desprecio
que luce la Faz al poderoso.

¡Qué lejos de aquel retrato
de hace años, que durante tantos
años tuve colgado en mi pared!

Tus ojos no han podido esconder
el paso de los años, las luces
muertas de tus ojos lo delatan,
los surcos de la frente dicen que
han crecido traiciones en tu alma,
ambiciones, derrotas, injustas
decisiones contra el amor y la
existencia. No logras esconderlo:

el mal se abre paso por tu rostro
y no hay ni rastro donde puedas
desterrar tanta verdad.

¡ Qué lejos de mí el otro muchacho
de hace años, que durante tantos
años tuve, enjaulado, en mi interior!

Ál S. J.

21/XII/2016